



LVII

Yo digo que de la patria hay que decir aquello que se hace y se dice de la Virgen Madre. La hemos coronado de luz, la hemos vestido de velo, la hemos calzado con la luna, la hemos puesto una diadema de estrellas y una peana de ángeles, le decimos en la Letanía de Mayo: Santa bendita, refugio de todos los pecadores, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, y aun no hemos dicho todo lo que puede decirse de una madre. Pues diciendo cuantas palabras de loa y de amor tenga nuestro rico vocabulario, aun no hemos dicho todo lo que se merece nuestra patria.

(Del último discurso pronunciado el día 14 de Julio de 1891 en el Parlamento, discutiendo con el presidente del Consejo de Ministros Sr. Cánovas del Castillo.



LVIII

NUESTRA gloria consistió en haber leído en su frente misteriosa (Colón) este carácter creador suyo, y en haberle facilitado los medios indispensables á cumplir su ideal y á realizar su creación. Por eso nuestra patria se aparece á los ojos de todas las generaciones como el suelo donde con mayor espontaneidad y con mayor arraigo se ha criado la más enérgica entre todas nuestras facultades psíquicas, la humana voluntad. Y querer no es cosa tan baladí como á primera vista parece: con frecuencia grande sustituye y aun aventaja con creces al pensar. Uno de los más extravagantes, pero de los más profundos entre aquellos eximios pensadores que han ilustrado el siglo corriente, murió quejándose

de la gran debilidad de voluntad por él experimentada en su raza, metafísica, religiosa, mística, pero poco volente y activa. De aquí la propensión á doblar su rodilla sobre la realidad y abismarse por la inmersión del pensamiento dentro de las meditaciones abstractas, en enajenación de sí misma, semejante á las usuales entre los yoghis de la India, sobre cuyas espaldas los pájaros anidan sin que lo sienta la fría petrificación del cuerpo y la completa carencia del sentido. De aquí aquella idea eterna, sin principio ni fin, río sin fuente, río sin cauce, río sin desagüe, corriendo en un movimiento indefinido y arrasando entre las ondas de su corriente incierta la conciencia y la libertad y hasta la moral de su raza, propensa por este mareo vertiginoso del pensar sin objeto á precipitarse de cabeza en los abismos sin fondo de una espantosa nirvana equivalente á la extinción de todo y de todos, al reinado del vacío y del silencio, á la nada, en fin, por medio del suicidio universal. Nosotros, los españoles, no caeremos en semejante neurosis. Nosotros aborrecemos y amamos. Nosotros podremos querer, como dicen los numerosos

enemigos nuestros, el mal y el error; pero nosotros sentimos, nosotros aborrecemos, nosotros amamos. Así no puede nunca decirse de nuestra España que pertenece al número de naciones conocidas por cortesanas de la fortuna próspera y de la victoria material. Había César vencido á Pompeyo, desarmado á Bruto, puesto al estoico Catón en trance de matarse para salvar la gloria de su nombre inmortal con el culto á la República patricia; y mudos el Oriente con el Occidente, á merced y arbitrio del Dictador todopoderoso; y los republicanos andaluces, los últimos republicanos, dieron tal susto en sus campos, que dijo hasta el fin de su vida César: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.» Somete á su yugo Augusto el planeta conocido entonces; vence desde su cómplice y émulo Antonio hasta los vengadores de Catón, como Casio; arranca la maravillosa lengua de Cicerón á la tribuna; y mientras toda la tierra se prosterna en su presencia, una tribu de Cantabria en el apartamiento de sus montañas le impide cerrar el templo de Jano, y hace morder el polvo á las legiones de Agripa.

Levanta y reconstruye Carlo Magno el Imperio romano con la sumisión universal de nuestro continente, y unos pocos navarros esparcidos por los desfiladeros separatorios de Francia y España, le aplastan el mayor de sus doce caudillos bajo los riscos de Roncesvalles. Hechiza y encanta con su prestancia y su benevolencia nativas Francisco I en Europa desde los Sultanes hasta los Papas, y España disipa tal encanto en Pavía. Napoleón parece invencible hasta el punto de que ningún general y ningún monarca se atrevió á cortarle con su espada el paso, y la maravilla de Munda se renueva con creces en la victoria de Bailén, donde recibe aquel primer golpe que precedió y anunció el golpe último en Waterloo. No tiene Bismarck nube ninguna en el cielo de su poder, cuando tropieza por descuido en el arrecife de las Carolinas. Así por nuestra indómita voluntad hemos representado con Séneca el estoicismo, con Lucano la epopeya del vencido, con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, con Cervantes la protesta de todo lo ideal contra todas las realidades impuras, con Cal-

derón aquella interior actividad que lucha en los infiernos mismos con el diablo y le dice cuando quiere vencerla éste con esfuerzo: «No fuera libre albedrío si se dejara forzar.» Pero en ninguna de sus empresas ha demostrado España esta fuerza de voluntad, que la caracteriza, como en el descubrimiento y apropiación de América.

Lanzarse al mar tenebroso; correr, sin derrotero y sin guía conocidos, aguas misteriosas; perder hasta la brújula, desviada de su norte fijo; enredar las quillas de sus naves en zargazos, semejantes á redes tendidas por la fatalidad al pensamiento y albedrío humanos; emboscarse por las selvas inexplorables; combatir con razas enteras; cruzar aguas fluviales tan extensas y profundas como las aguas oceánicas, sin orientación alguna, subir á los altos Andes entre aludes resonantes, desprendidos de las heladas cumbres en moles gigantescas, y entre lavas escupidas por los hirvientes volcanes; después de haberse abrasado en el trópico, entrar en los estrechos del Polo; combatir, no con los hombres, con el universo, con las fiebres disueltas en los pantanos, con los rayos y cen-

tellas que azotan á latigazos, con los elementos, ¡oh! es una demostración de lo indómito de nuestra voluntad y de lo incontrastable de nuestra fuerza como no hay ninguna otra igual en la Historia. Parece un Titán de la fábula Ojeda llevando á Caonabo sujeto al anca de su caballo; bajo las magnolias del jardín de las Fléridas Ponce León aparece como restituyéndonos el Paraíso perdido; el hacha, con que ha cortado Vasco Núñez de Balboa la cruz, puesta sobre la montaña de aquella luenga tierra, desde cuyas cimas se descubre á un lado el Atlántico y á otro el Pacífico, cual si arrancara chispas á un peder-nal, arranca soles al cielo; una correría increíble de nuestro Hernán Cortés derriba el trono de los Aztecas, á cuyo pie arden los sacrificios humanos; heroico arresto de Soto vuelca en el mar de la vida un afluyente como el Mississipí, al par que otro arresto de Solís vuelca un afluyente como el Plata; con sólo llegar Pizarro, el imperio de los Incas se viene á tierra, y con sólo ir exploradores por los cuatro puntos del horizonte surgen las alturas encendidas de Quito, se abren las selvas vírgenes del Amazonas al nombre de nues-

tro Dios y al imperio de nuestra civilización; el estrecho de Magallanes revela el paso por América de nuestras gentes occidentales al Asia; florecen especierías nunca olidas en los valles, y brotan astros nunca vistos en el cielo; al exceso de vida se alienta el espíritu moderno y se anuncia la libertad universal; por lo que, así como los griegos constituyeron el helenismo un día en Oriente, y constituyeron los romanos otro día el catolicismo en Occidente; sobre sus ídolos y fetiches rotos, sobre sus sacrificios humanos extintos, sobre sus alcázares faraónicos destruídos, sobre sus castas disueltas, sobre su despotismo antiguo desarraigado, levantarán cien venideros pueblos en el Nuevo Mundo bien pronto la religión del hispanismo, siempre que quieran agradecer á quienes se los llevaron en un día creador el soplo de la idea cristiana y los beneficios consiguientes á la cultura y á la civilización universal.

(Final de su obra *Historia del descubrimiento de América*. Año 1892.)